

El especialito

Un relato de Peón y Torre

Hola, esto es un diario de emergencia.

Soy el tripulante de la nave 012536.

Me he estrellado en un planeta desconocido. De momento, la nave es irreparable.

Por seguridad paseo como forma gaseosa. Encuentro un dispositivo bastante simple, lo analizo y absorbo la información. Es algo llamado “Libro de ciencia de primero de la ESO”, al lado hay otro similar “Diccionario de lengua española”. Según el idioma de este planeta estoy al lado de lo que llaman contenedor de residuos orgánicos (¡Qué derrochadores, con lo rica que está la basura!).

Modifico mi forma y ahora soy lo que llaman hombre. Adapto mi forma de hablar gracias al libro.

Según el trasto que me he encontrado, estoy en el planeta Tierra. Pasadas dos unidades de tiempo, aquí llamadas horas, me intento familiarizar con la fauna y la flora del lugar. Es complicado con un coeficiente intelectual tan bajo, piensan que las estrellas son bolas gigantes de hidrógeno que se calienta a temperaturas estratosféricas, ¡Que imaginación! ¡Fliparán, como dicen ellos, cuando se enteren de que son autobuses hipersónicos para viajar entre galaxias!

Después de un rato, así llaman a un corto período de tiempo indefinido (debo hablar como la multitud, pero lo de rato denota poca evolución) paseo por una calle peatonal abarrotada en la que me escabullo entre la gente.

Voy caminando y de repente... ¡BOOM! Una sensación me invade, es peor que los 62Qw (medida parecida a la fuerza g de los humanos). Al parecer me arrolló una de sus naves terrestres. Caí al suelo sin brazo, la gente estaba escandalizada. Recuerdo correr hacia la nave terrestre y coger el brazo. Volví a acoplarlo y me fui corriendo, pero colisioné con un autobús. Ahora entiendo lo que le decía hace un rato la hembra humana a su cría: “Antes de cruzar mira a los dos lados”.

Cuando me asusto creo una onda expansiva, el autobús voló y me cayó encima. La gente gritó algo parecido a “¡Qué alguien llame al 112!” Los humanos son unos sacos de carne indefensos y necesitan toda una red de gente capacitada para solucionar los desastres que ellos mismos crean.

Llegaron dos coches de policía y una ambulancia, ahora sé que se llaman así. Acordonaron la zona en minutos (son como horas pero minis). Después llegaron los aclamados bomberos que tardaron en reaccionar.

Al cabo de una hora levantaron el autobús con una grúa. La gente estaba expectante, los bomberos esperaban lo peor: esperaban que fuera lo que coloquialmente llaman “fiambre” pero yo soy “especialito”, así me llamarían después.

Los ambulancieros me pusieron el pulsioxímetro... No hay pulso, sólo un simple “piiiiiiiiiii...” (¿Esperaban una transformación en treinta milisegundos? No puedo arreglarme con todo lujo de detalles en tan poco tiempo).

Se acercó más gente, alguien al que llamaban forense apareció de la nada. Para no darles “un mal trago” hice una pequeña fusión nuclear y generé un corazón, noté una sensación insoportable (al parecer era el corazón latiendo, sería la falta de costumbre).

Hay pulso, la cara de los ambulancieros va de mal en peor. Uno gritó: “¡Tiene pulso!” y otro dijo: “Pero está a 241 pulsaciones por minuto”. Levantó los hombros y dijo: “Pulso es pulso ¿no?, pues trae la camilla”. Me llevaron al hospital.

Dentro de la ambulancia vi unos cilindros blancos en un bote que me resultaron muy apetecibles. Para no levantar sospechas estiré el brazo poco a poco y cogí el bote. ¡Me comí uno, estaba buenísimo! Me guardé algunos en el bolsillo para llevarlos a mis compañeros intergalácticos. El ambulanciero me dijo que era algodón y que no se comía, le miré y me metí un puñado en la boca, ¡y va y me lo arranca de la mano el descarado!

Cuando las puertas se abrieron y el ambulanciero se giró, intenté vaporizarme, pero no pude. Me hice un auto análisis rápidamente... Al parecer la morfina que inhibe el dolor de los humanos, a mi me inhibe los poderes de vaporización ¡qué casualidad!

Pensé que sin poderes tendría que hacerlo como lo hacen los humanos... ¡Correr! Los dos ambulancieros me cogieron y me devolvieron a la camilla. Forcejeé pero era imposible. Llegó un coche de policía, me intentaron calmar. Tras unos cuantos gritos, decidí calmarme, no porque me intimidaran, la situación me daba vergüenza ajena.

Me escoltaron hasta la habitación y cuando las cosas se calmaron, intentaron insertarme una aguja en el brazo: ¡se dobló! Cambiaron la aguja y se volvió a doblar. Volvieron a cambiarla y se dobló también. El médico se acercó y ordenó que la enfermera se retirase diciendo que no sabía hacerlo. El médico lo intentó hasta que se hartó y dijo que era imposible. Al final se decidieron por hacerme lo que llaman una “radiografía”, al parecer los humanos aún no han desarrollado los rayos x en los ojos ¡qué lento que evolucionan... Buah!

Tras un rato de aburrimiento entró un médico y me explicó que mi situación era más grave de lo que parecía. El impacto me había partido el fémur, la cadera y varias costillas me perforaban sus sacos de respiración.

¡Una operación de urgencia! Me llevaron al quirófano, estaba asqueroso. Me taparon con una tela azul que me comí. Me acercaron un trozo de metal con la idea de abrirme en canal y me puse muy nervioso. Intenté ingerirlo, pero de repente sólo había oscuridad.

Cinco horas después me transportaron a un lugar llamado observación, me alojaron al lado de otro humano al que saludé de forma humana: “Estimado humano, cordiales saludos”. Me miró mal y le pregunté si a él también le habían dado el menú de degustación. No sabía a qué me refería y me miró aún peor. Pensó que me refería a la operación, bajó la cabeza y me enseñó una cicatriz de un diámetro considerable, ¡Y me mareé!

Al cabo de un rato llegó el mismo médico, el del menú de degustación, me comunicó que la operación había sido un éxito. El fémur está en su lugar y el pulmón también. No sé qué habrán movido en mi interior, normalmente hay de todo menos fémures y pulmones. Ahora hay que esperar a que cure.

Me aburro tanto que decido ceder y entretenerme como un humano, veo un mando conectado a la cama e intento degustarlo y me electrocuto ¡Qué divertido! Paso doce horas degustando el mando, hasta que me mandan parar.

¡Qué aburridos son los humanos!

- ¡Mamá! Ya he leído la carta de papá, se lo está pasando bien en el hospital. Parece que no sabían que papá es especialito.

Su mamá sonrió y se sintió aliviada al ver que el plan que habían trazado tranquilizó al pequeño Pepe.